

Y ahora ved el paralelo:

«El buen Yñigo empieza por ser el caballero de la virgen, y vela sus armas en honor de su dama...»

¡Igual que Don Quijote!

«Su familia, sigue diciendo Voltaire, al ver el trastorno de sus facultades mentales, piensa en encerrarle y en ponerle a dieta; pero él se desembara de su familia, lo mismo que del diablo y huye de ella sin saber a donde. Encuentra a un moro y discute con él sobre la inmaculada concepción; el moro, que comprende su estado, le deja lo más pronto que puede. Yñigo no sabe qué hacer, si matar al moro o rezar a Dios por él, y deja que decida su caballo, que más cuerdo que él vuelve a tomar el camino del establo...»

Y escribe Unamuno, comentando la segunda salida de Don Quijote:

«Sus anhelos interrumpieronle el sueño a Don Quijote, pues hasta en sueños quiroteaba, pero volvió a dormirse. Y volvió a dormirse, para encontrarse al despertar con que Frestón, el encantador, se le había llevado los libros, creyendo el incauto que con ellos le llevaba el generoso aliento. Y en apoyo de Frestón acudió la sobrina, rogando su tío se dejase de pependencias y de ir por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin percartarse de que es pan de trastrigo el que hace al hombre tras-hombre, o como dicen hoy, sobre-hombre. También para disuadir a Iñigo de Loyola de que se saliese a buscar aventuras en Cristo, acudió su hermano mayor Martín García de Loyola, para que no se arrojase a cosa «que no solo nos quite lo que de vos esperamos—le dijo—sino también mancille nuestro linaje con perpetua infamia y deshonor». Pero Iñigo le respondió con pocas palabras, que él miraría por

sí y se acordaría que había nacido de buenos, y salió de caballero andante».

¿Habría leído el recio pensador vasco las páginas que cito, de Voltaire?

¡Cómo no leerlas!

Tengo por seguro que las leyó, y hasta que ellas le sugirieron el feliz paralelo entre las dos santidades, o entre las dos locuras, si queréis, ya que el matiz que diferencia estos dos conceptos es tan sutil que hasta pueden confundirse.

Precisamente es uno de los atributos del genio el don de la evocación.

En sus obras no es tanto lo que dicen, como lo que nos hacen pensar, que es una forma de hacernos decir.

Leyendo a Cervantes, Unamuno escribió su libro. Todo él salió del *Quijote*, pero no está escrito en el *Quijote*.

Y, del mismo modo, leyendo a Voltaire sorprendió al manchego junto al hidalgo de Loyola, y escribió ese admirable parangón, cuyos términos es inútil buscar en la obra del francés.

«Los grandes libros, ha dicho Paul de Saint Victor, por diferente que sea su estructura, tienen eco, como las montañas, que se contestan a través de los siglos»...

Y los grandes hombres, agregaré para terminar, son dueños en común del inmenso patrimonio espiritual, que no tiene límites para ellos, ya que de sus entrañas, aun sembrando las mismas semillas, hacen surgir frutos tan diferentes.

JUAN E. O'LEARY.

Asunción del Paraguay.

(*El Liberal*, Asunción).

NOTICIA:—Palabras del Autor al margen del recorte que nos ha enviado: «Este es el estudio cuya reproducción deseo».

## Vargas Vila visto de cerca...

(Viene de la página 376).

torio se aperciba de ello, se encarama por los intrincados senderos de la filosofía vital... Sube, sube, hablando sin cesar, gozando de su propia palabra. En esos momentos cuando abre el arca de sus ideales, se me antoja un formidable socialista, un extraño socialista que ha perdido ya la visión de ricos y pobres, opresores y oprimidos, que desde allá arriba sueña con una gran sociedad, un gran mundo de Hombres. Un quimérico mundo de Almas.

Las conversaciones a bordo se hacen frecuentes e interesantísimas, en cualquier momento y sobre cualquier tema. Una vez descubierta su personalidad el gran escritor colombiano prodiga su palabra.

—Confiese una cosa, si es usted franco—me dice, fijando en mí sus ojillos verde-azules.

—Usted dirá... —le respondo.

—Estoy seguro de que se ha llevado una desilusión, conociéndome...

—Nada de eso. No le oculto, sin embargo, que me lo figuraba muy de otra manera...

Vargas Vila sonrío con cierta complacencia.

—No es la primera vez que lo oigo decir, mi querido amigo. Ni será la última. Porque tengo la suerte de ser un hombre con leyenda. No puede usted imaginarse lo curiosa que resultaría una colección de las que han hecho correr sobre mi persona.

—¿Agradables?

—Surtidas: buenas, malas y peores...

—¿Y usted?...

—No me molestan. La leyenda es la zarza en la cueva del león; impide la entrada de las alimañas con su sola presencia. Además, la historia es patrimonio común y vulgarísimo. Historia tiene cualquiera: basta fijarse en la cédula de identidad. Leyenda, no:

es uno de los factores de la popularidad, por horrible y calumniosa que sea.

Mi cara debe haber reflejado cierta perplejidad, porque inmediatamente agrega:

—¿Qué quiere usted que haga?... Sería un insincero si no le confesara que las leyendas que me rodean constituyen una de mis vanidades. Le advierto que ya no les queda nada por decir. Me han hecho alcoholista, jugador, petrimetre, millonario; han dicho que gozo cuando mis libros producen algún mal. Me han pintado intolerante e intolerable, cuando no han llegado a convertirme en un verdadero monstruo. Pero los que me calumnian son enemigos míos. Y yo cultivo mis enemigos...

—¿...?

—Sí. Créamelo: la fama sólo florece en la tierra que riegan nuestros enemigos. En todo hombre se esconde un pequeño Quijote y alegra poder ensalzar a un semejante calumniado y maltratado injustamente. Y ya que nuestra inmodestia no nos permite hacerlo espontáneamente, de vez en cuando es bueno que nos sienten a la fuerza en los últimos puestos del convite evangélico para que el público, magnífico señor del cuento, nos coloque a su derecha. De paso quedan desocupados los lugares de la cola, a los que se prenden desesperadamente los críticos, que de otra manera quedarían fuera de la mesa.

—¿Están los críticos entre sus eficaces enemigos?...

—Algunos; muchos; casi todos... Pero aun hay quien, conociendo mis ideas al respecto y queriendo hacerme daño, habla bien de mis libros...

—Sus libros... Hábleme usted de ellos, maestro.

—¿Qué quiere usted que le diga?... Los escribo con toda mi alma. Los escribo como los pienso; creo que esa es su fuerza. No traiciono mi idea para no traicionar a los que me leen. Por otra parte, ya lo he dicho en mis prólogos, nunca he ejercido la autocritica en el sentido de juzgar mis libros. Ese valor de cirujano loco, abriendo el vientre de su propio hijo y extrayéndole las entrañas para mostrar a los curiosos cómo circula la sangre en ellas no me ha tentado jamás.

—Sin embargo, defender la propia obra...

—¿Defender mi obra?... ¡Una debilidad que nunca he tenido!

Vargas Vila hace una pausa. Parece que he tocado un tema que le interesa. Sin mirarme, agrega:

—¿Qué objetan de mis libros?

—Una extraña gramática... —me atrevo a decir.

—¡La mía! El más adaptado estu-